

La gratitud confesada y la maestría premiada

Antonio Álvarez Pitaluga

En los años más que “duros” del llamado Período Especial realicé mis estudios universitarios, exactamente en el primer lustro de los difícilmente inolvidables noventa. Para un trabajo de la sociedad científica que preparaba en segundo año, sobre la invasión a Guantánamo durante la Guerra de 1868, tuve la necesidad de buscar varios textos relativos al tema. La extensa biografía de Antonio Maceo escrita por José Luciano Franco y las de Máximo Gómez de Benigno Souza y Ramón Infiesta, fueron mis primeros acercamientos. Después vino el relato del asalto al Cafetal La Indiana de Manuel de la Cruz. Eran obras esenciales. Sin embargo, ningunas me conducían a Roma como reza la añeja frase; quizás la sobrevolaban, pero yo no lograba aterrizar en sus dominios.

Aquellos años de disímiles retos a nuestra sobrevivencia privada y familiar, hizo que muchos pusieran en venta más de una prenda o reliquias valiosas. La tienda del oro en Casalta se hizo un castillo que nos dispusimos a asaltar, siempre que tuvimos lanza y el escudo para hacerlo. Así sucedió también con decenas de libros con los cuales habíamos forrado orgullosamente y por años las paredes de nuestras casas. Esa tranquila idea de estar durmiendo dentro de una biblioteca se desmoronó para muchos en unos pocos años. En short y bicicleta buscamos a los improvisados bibliotecarios de portales habaneros con la esperanza de regresar felices a casa con una mano de plátanos.

Como ratón en busca de comida, yo husmeaba en aquellos improvisados anaqueles de “libros viejos”. Mis ojos paneaban cada desordenada exposición a mi paso por la ciudad, mientras la invasión a Guantánamo no dejaba de asaltar mi mente a tiros, machetazos y toques de a degüello. Una tarde de sábado, en uno de aquellos portales, vi un pequeño libro con una rara combinación de carátula amarilla, grandes flechas verdes, negras y naranjas, que sacó de orbita a mis ojos instantáneamente: *La primera invasión*.

Lleno de sorpresa vi que anunciaba en primera plana el Premio UNEAC de literatura, 1986. Confieso que en mi desespero estudiantil poco me importó que el autor fuera un tal Pedro Pablo Rodríguez. Era sencillamente el libro que necesitaba en ese justo momento.

Ya mediados de lectura quedé fascinado con el mismo. Conocí por qué Guantánamo no se incorporó hasta 1871 a la gesta emancipadora; pero sobre todo comencé a aprender cómo se había desarrollado el genio político y militar de Máximo Gómez durante este cardinal suceso histórico. El volumen de información, su novedosa interpretación y la manera tan bien escrita en que se hallaba redactada me llevaron entonces a preguntarme, ¿quién era ese tal Pedro Pablo Rodríguez?! La ficha autoral lo presentaba como historiador y periodista habanero nacido en 1946 con varios trabajos publicados y un Premio 26 de Julio, como coautor de otra

obra anterior. El “tal” Pedro Pablo se transformó en breves minutos en un respetado historiador que desde ese entonces no deje de leer.

Terminé la breve investigación y continué en mis empeños estudiantiles hasta graduarme. Pero desde ese entonces el nombre de Pedro Pablo Rodríguez entró a formar parte en mi arsenal de conocidos historiadores del independentismo cubano. Manejaba su nombre como el estudiante o recién graduado que exhibe de manera pretenciosa un nombre importante y necesario; en otras palabras, si mencionaba a Pedro Pablo Rodríguez y su libro, yo me anotaba un punto porque estaba actualizado con lo último y mejor sobre guerras independentistas, sin descontar otros nombres no menos relevantes.

En esos complejos años la obra intelectual de Pedro Pablo Rodríguez tuvo varios frutos. Estos pueden ser agrupados en una rica gama que va desde los estudios generales del independentismo, la excelente especificidad de sus investigaciones martianas hasta temas socioculturales el siglo XIX, sus finales e inicios del XX. Sin intenciones de hacer un exhaustivo inventario historiográfico, quisiera detenerme brevemente en dos de los trabajos que más me han aportado. En primer lugar los dos capítulos escritos junto a Ramón de Armas para la obra colectiva *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales, 1868-1898*, de 1996. Se trata de los capítulos VII y VIII. Para mí fueron y son formadores en cuanto a la comprensión de la evolución general del independentismo en el período entreguerras de 1878-1895. Los análisis sobre los avances y retrocesos de la ideología liberadora mambisa, a través su complicada espiral de vida, son imprescindibles para entender dicha línea de pensamiento. Y sin lugar a dudas, el despliegue de ideas y reflexiones de Pedro Pablo sobre el pensamiento y acción de José Martí fue y es germinal a la hora de articular la obra revolucionaria de Martí en procesos tales como la creación del Partido Revolucionario Cubano y la importancia y lugar de la revolución por venir en el concierto internacional de ese momento.

Un trabajo como “Modernidad y 98 en Cuba: alternativas y contradicciones”, aparecido en la revista *Temas* 12-13, de 1998, ilumina con creces la amplitud y capacidad del doctor Rodríguez hacia otras temáticas sociohistóricas, más allá del independentismo. Los principales pensadores y teorías sociales de entonces, el muy profuso tema de la modernidad y los impactos del sistema neocolonial en los primeros años republicanos, fueron logros de aquel intenso ensayo que hoy sigue siendo un faro en los estudios sobre ese agudo período histórico.

Precisamente en 1998 comencé mis estudios de maestría. No pude suponer que el nombre de Pedro Pablo aparecería de manera directa en mi labor profesional nuevamente, pero esta vez en cuerpo y armas, en carne y hueso. Mientras el doctor Oscar Loyola y yo ventilábamos los detalles de la tesis en su etapa final, en una conversación telefónica surgió la duda del posible oponente. Mi querido Oscar dijo algo más o menos así: no sé tú, pero a mí me gustaría que fuera Pedro Pablo Rodríguez, ¿tú lo conoces?; a lo que respondí, no; y a lo que Oscar respondió: es uno de los grandes especialistas contemporáneos de Martí, la emigración y de la época en general. Por supuesto, mi sí fue categórico.

Unas semanas después, a principios de diciembre de 2001, tras obtener el consiguiente

número telefónico, llamé al doctor Pedro Pablo. Acordamos que yo fuera un miércoles a las cuatro de la tarde para entregarle la tesis al Centro de Estudios Martianos. Allí lo conocí. Estreché la mano por primera vez del hombre que había escrito aquel libro tan sui géneris, con la sensación personal del aún alumno que por fin conoce a un maestro. Un mes después fui a su casa a recoger las preguntas de la oponencia. Después de subir hasta el último piso del edificio de la calle 25 llegué a la azotea pedrobleña descubriendo en ella un detalle que la inmortaliza para siempre: los ecos musicales pocos bienvenidos de un incomodo vecino llamado Centro Recreativo *Hola Hola*, que no ha recreado precisamente la salud auditiva del edificio y sus estoicos vecinos.

Pero volvamos a la ciencia... Antes de entregarme las preguntas hablamos inevitablemente de la tesis. Con mesura fue dando sus interesantes opiniones. Yo quedé asombrado de su dominio sobre Martí, los emigrados y varios temas sobre el 95. Por primera vez escuché hablar frente a mí a uno de sus grandes estudiosos sobre el Apóstol José Martí de toda la historiografía revolucionaria. Las preguntas fueron serenas, pero profundas, como para estar unos diez días en busca de sus respuestas. Se hizo la defensa. Gracias a su sabiduría y observaciones la tesis tomó mejores rumbos. Con otro apretón de manos me despedí el doctor Pedro Pablo. Y por increíble que parezca no lo volví a ver más por algunos años conviviendo en la misma ciudad.

Formando parte ya del claustro de profesores del Departamento de Historia de Cuba, tuve que hacer una oponencia –en el 2006- a una tesis del doctor Pedro Pablo. ¡Que placer!, era como un agradable giro del destino que ahora me acercaba, una vez más, a la personalidad del doctor Rodríguez. El hecho nos hizo volver a hablar por teléfono en varias ocasiones. Y en el lugar de siempre, L y 27, volví a verlo ese año. Ahora mi satisfacción fue mayor por tener el privilegio de sentarme a su lado como colega.

Dos años después, a mediados del 2008, otro hecho nos volvió a encontrar, mi tesis fue publicada. Cuando tuve el libro en la mano le comenté al doctor Loyola que tenía en mente un nombre para la primera presentación del libro: Pedro Pablo Rodríguez; con lo que Loyola Vega estuvo de acuerdo inmediatamente. Esta vez los azahares del destino hicieron que fuera yo el que le propusiera a mi amigo Oscar Loyola el nombre del destacado intelectual que él un día me propuso inicialmente. Demás esta decir que volverlo a ver fue, como siempre, otro acto de aprendizaje al observar como ponía toda su ilustre sagacidad en un análisis sobre Máximo Gómez y una de las más convulsas épocas de la historia nacional. A esa altura estaba convencido plenamente que Pedro Pablo Rodríguez era ya, por derecho propio, uno de los imprescindibles en los estudios sociales de los siglos XIX y XX cubanos. Su obra así lo puede demostrar con creces.

Pienso que el destino nunca deja de obrar en la vida de los seres humanos, llena nuestras vidas con sus azahares, juegos y sorpresas. Y sinceramente, no estimo que estos sean casuales o fortuitos. Así que todavía la enorme inteligencia de Pedro Pablo Rodríguez intervendría en uno de los capítulos más intenso de mi vida profesional. Corría enero de 2009 cuando fue preciso definir uno de los dos oponentes para la predefensa de mi tesis doctoral. El doctor Loyola Vega (tutor de tesis) y el doctor Edelberto Leiva (en su calidad de jefe de Departamento de Historia de Cuba) especularon en una detenida conversación el nombre de los dos probables “verdugos”. Loyola Vega y Leiva Lajara consideraron que el doctor Pedro

Pablo Rodríguez podría ser uno de los dos. Unos pocos días después Pedro Pablo aceptaba. Y ahora, si creen que el destino no existe, ¡allá ustedes! Yo no necesito más pruebas.

Regresé a la azotea pedropableña con un *Hola Hola* más reposado y domado por el curso del tiempo, pero sin dudar para nada que en ello algo tendría que ver la labor “combativa” de Pedro Pablo contra tal insulto auditivo. Sentado al compás de sus agradables brisas la conversación significó otro capítulo imborrable en mi formación intelectual. Recuerdo que por casi tres horas consecutivas me hizo reflexionar sobre criterios e ideas del texto que según su acumulada experiencia eran preciso repensar todavía. Con razonamientos cargados de espléndidos conocimientos me señaló deficiencias, matices soslayados y aspectos aún insuficientes en el trabajo. Las preguntas fueron el colofón final de una relevante espiral cognitiva.

Y en medio de tanto regocijo intelectual no olvidaré que por aquellos días me dijo rotunda e inesperadamente: ¡compadre, hasta cuando me vas a tratar de usted; acábame de decir tú! Yo quedé sin habla... En el acto de predefensa fue recio y exigente con mis respuestas; así, discrepó con una de ellas, y tuve que defenderme como gato patas arriba.

Si todo lo anterior fuera poco, el doctor Pedro Pablo fue uno de los miembros del Tribunal de la defensa doctoral. Ya con todo lo dicho, muchos podrán imaginar la intensa alegría experimentada cuando leí una mañana de diciembre la noticia que el periódico *Granma* daba, en su primera plana, anunciando el otorgamiento del Premio Nacional de Ciencias Sociales al doctor Pedro Pablo Rodríguez.

Hace casi un mes atrás, cuando Jorge Ibarra Guitar me pidió hacer esta intervención no lo dude ni un segundo. El solo hecho de estar hoy aquí, a su lado una vez más, me hace sentir el eterno alumno que siempre irá en busca de los sabios consejos del maestro.

Pero si aún alguien puede pensar que todo esto fuera insuficiente para aquilatar la valía intelectual y personal de la figura nacional que hoy felizmente nos convoca, entonces les dejo caer una última gota para estallar su copa. Después de haber afrontado personalmente algunas marejadas, que todos solemos tener cuando dirigimos el barco de nuestras vidas, tuve el privilegio que él y otros muy estimados colegas apoyaron firmemente aquellas investidas al igual que hizo Martí frente a más de un reticente en su larga obra a contracorriente, ese Martí tan revolucionario y revolucionador que ha consagrado buena parte de la obra de Pedro Pablo. En esa coyuntura también gocé del privilegio de oírlo mientras hizo uno de los análisis más brillantes que he escuchado en toda mi vida sobre Martí y la Revolución del 95.

Disculpen si no he sabido rememorar de modo brillante estos casi 12 años de conocer personalmente al doctor Pedro Pablo R. y haber aprendido muchas cosas gracias a él. No obstante, me atreveré a concluir diciendo tres ideas deseadas:

Enhorabuena para las ciencias sociales cubanas por contar con el Premio Nacional de Ciencias Sociales 2009 doctor P. Pablo Rodríguez. En particular me enorgullece más aún poder decir: Gracias doctor Pedro Pablo por su obra y quehacer intelectuales.

Y finalmente, permítanme darme el lujo exquisito de decirte de todo corazón: gracias, muchas gracias amigo Pedro Pablo por haberle aportado y enseñado tanto a muchos historiadores y cubanos que hemos seguido y seguiremos tus pasos.

Notas

* Palabras de elogios al doctor Pedro Pablo Rodríguez, Premio Nacional de Ciencias Sociales, 2009, en la Sala Rubén Martínez Villena de la UNEAC el 15 de abril de 2010.